

SIGNIFICADO DEL HOMENAJE A RIVADAVIA (*)

El 27 de junio de 1827 Bernardino Rivadavia presentaba ante el Congreso Constituyente la renuncia al cargo de Presidente de la República, magistratura para la que fuera electo el año anterior, y decía en un pasaje de la misma, refiriéndose a su actuación pública, que había dado a la patria días de gloria que sabrá ella recordar con orgullo, y más adelante, como presintiendo su infortunado destino, agregaba: "Quizás hoy no se hará justicia a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos, mas yo cuento con que al menos me la hará algún día la posteridad, me la hará la historia".

Su profecía se ha cumplido, y cien años después de su muerte, en un homenaje de extraordinarias proporciones, el país entero rememora con legítimo orgullo su nombre y el trascendente significado de su obra.

Por etapas sucesivas se ha ido jalonando, en el curso del tiempo, el conocimiento y valoración integral de esta grandeza civil, después de haber salvado victoriosamente todas las pruebas de la adversidad hasta sobrevivir, hoy, incólume en la conciencia agradecida de sus compatriotas.

El traslado de sus restos en 1857 desde el extranjero hasta la ciudad que lo vio nacer, fué la reparación sentimental póstuma de su hija dilecta, la Sociedad de Beneficencia; el

(*) Palabras pronunciadas en el acto de homenaje a Rivadavia tributado por la Universidad en el paraninfo el día 4 de setiembre.

centenario de su natalicio en 1880 fué la apoteosis memorable de su pueblo; el monumento erigido el año 1932 en Buenos Aires, la consagración pública de la gratitud nacional por el simbolismo del bronce y del granito, y la fecha secular de su muerte, hoy, la glorificación serena y definitiva del juicio histórico.

El ejemplo de la vida noble y fecunda de Bernardino Rivadavia, arquetipo perdurable de firmeza en los principios y de probidad en la conducta, fortalece el espíritu de la nación, cada vez más lúcido y pujante, para impulsarla hacia la realización de sus destinos superiores, y cada uno de estos homenajes, expresiones sinceras de esa justicia que invocó reiteradamente el prócer en el curso de su existencia atormentada, parece que nos revelara un nuevo progreso de la razón pública, renovando nuestra fe indeclinable en las virtudes excelsas del sentimiento argentino y en la capacidad moral y material de su pueblo. Rivadavia, paradigma de repúblico y estadista, creador del sistema de la democracia representativa y fracasado en la aplicación del mismo por una de las tantas paradojas del destino, preside desde ultratumba la jornada de cada día y nos gobierna hoy más que en vida con la luz y el ejemplo inextinguible de sus enseñanzas. Mitre lo proclamó en una frase histórica, hoy vulgarizada como un apotegma, "el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos y padre de sus instituciones libres". Nada hay, en efecto, en el vastísimo contenido de nuestra vida espiritual y material que no tenga su raíz y antecedente en la portentosa iniciativa de su genio creador.

La riqueza pública y su distribución; la libertad de industria y de comercio como el primer derecho y la primera necesidad del hombre; la colonización de la tierra por el sistema enfitéutico; la construcción de caminos; la exploración nuestros ríos; las aguas corrientes y mercados; la estética urbana; el comercio exterior y la moneda; el puerto de Buenos Aires; el sistema rentístico y la aduana; la reforma eclesiástica, para la cual contó, se ha dicho, con los sacerdotes más

ilustrados y virtuosos del clero argentino; la reforma política, de honda inspiración republicana y fe democrática, con el voto universal, garantías individuales, división de poderes, amovilidad periódica y responsabilidad de los funcionarios, régimen de la justicia, libertad de imprenta, igualdad de derechos civiles entre nacionales y extranjeros, abolición de fueros personales, inviolabilidad de la propiedad y ley del olvido para “no acordarse más de las ingratitudes, ni de los errores ni de las debilidades que han degradado a los hombres o afligido a los pueblos”, ley pura y generosa en sus intenciones y bienhechora en sus efectos; la reforma social con la beneficencia y la intervención de la mujer en los menesteres sagrados de la caridad y la enseñanza; el manejo de las relaciones diplomáticas para neutralizar en Europa la influencia reaccionaria y liberticida de la Santa Alianza y ganar el reconocimiento de la independencia argentina; la creación del ejército y la escuadra para iniciar la gloriosa cruzada emancipadora que le dió el derecho de proclamar por primera vez en América la política de solidaridad entre sus pueblos y el repudio de las guerras de conquista; la educación pública en todas las formas y grados, desde la universidad laica y nacional de Buenos Aires, que surgía frente a la escolástica y colonial de Córdoba, hasta las escuelas de primeras letras en la ciudad y campaña, bajo la orientación de nuevos métodos y textos didácticos, todo lo previó y lo organizó febrilmente en horas dramáticas y de tormenta, con una intuición admirable de las necesidades de su época y del porvenir.

Cuando Rivadavia aparece en el escenario público de la revolución argentina y comienza, rompiendo violentamente con los prejuicios de la época, la titánica empresa de su plan de reformas, a la que habría de vincular perdurablemente su nombre, sólo existían en el país las ruinas del vetusto régimen colonial y su legado fatal e inevitable, que pesaba como una maldición, de la ignorancia y la anarquía. Éramos la miseria y el caos; el desierto y la rutina y en esa sociedad dominada

por la pereza y el enervamiento hasta el estímulo moral —dijo Mitre— faltaba en los corazones.

Este cuadro sombrío y desolador destaca más y mejor el significado de la vasta obra civilizadora de Rivadavia y ofrece una perspectiva adecuada a los contornos de su figura histórica. Muchos de los que fueron proyectos quiméricos en su tiempo son hoy fecundas realizaciones.

Su espíritu —armoniosa aleación de utopista y positivista, de romántico soñador y de hombre práctico— era y es el espíritu genial del gobernante que administra con sabiduría el presente y del estadista que adivina y actualiza el porvenir.

Su acción constructiva es superior a la palabra; fué, como Alberdi, un pensador espontáneo, de ideas propias y de capacidad extraordinaria para asimilar las ajenas.

Forma con Moreno, a quien sucedió, el binomio civil de la revolución. La breve carrera política de ambos —ocho meses el primero, menos de cinco años el segundo— compendia magníficamente el ideario de mayo en la teoría y en la práctica de sus principios.

Moreno personificó la doctrina y el sentido filosófico de 1810; Rivadavia fué su brazo ejecutor y el gran arquitecto institucional que bosquejó con trazos definitivos la fisonomía administrativa y política del país.

“Los que tachan de inútiles, por prematuras, las tentativas civilizadoras, las fundaciones o reformas de Moreno o Rivadavia —se ha dicho— olvidan que cada progreso es un asalto; y que, casi siempre, el éxito del segundo ataque se ha hecho posible con el rechazo del primero: el que abrió la brecha debilitó la defensa y, con los mismos cuerpos de las víctimas caídas, allanó el camino del vencedor.

Sobre las doctrinas de Moreno y las iniciativas de Rivadavia cayó como un sudario el largo invierno de la barbarie. Pero fué superficial y pasajera la obra de esterilización. Y si más tarde, para los hijos, la primavera tuvo flores y frutos del estío, fué porque, con imprevisión aparente, habían los pa-

dres arrojado al viento, para que brotaran en el suelo patrio, esas semillas de bendición" (1).

Pero Rivadavia no fué comprendido por sus contemporáneos y lo venció la mayoría, expresión de la multitud anárquica e indisciplinada. Resignó con entereza los atributos del poder sin ensayar siquiera una defensa para conservarse, como pudo hacerlo con éxito. Político de severo temple, sometido austeramente a la disciplina de la ley, rehusó el empleo de la violencia como medio para mantenerse en el gobierno.

"Soy la razón y no quiero ser la fuerza", dijo en un rasgo de sacrificio que enaltece su memoria y que es un anatema lapidario para los déspotas de todos los tiempos que no representan la razón que ilumina y quieren ser la fuerza que envilece.

Sentía una repugnancia innata por la arbitrariedad y la injusticia. "El resorte del poder —afirmó— debe ser de una eficacia permanente e irresistible, calidades que sólo reúne la opinión pública, la instrucción, la libertad y la publicidad, que inviste al gobierno con el imperio del bien".

Rivadavia defendió con el más puro patriotismo la intangibilidad de las fronteras de la patria y la virtud sagrada de su tradición republicana.

"Bacacay, El Yermal e Ituzaingó en tierra, y los Pozos, Patagones y el Juncal en las aguas con las naves y banderas aprisionadas en medio del fuego de porfiadas batallas, —recuerda Mitre— son los trofeos militares de su presidencia, siendo el más glorioso de todos ellos, un pueblo del Río de la Plata, arrancado valerosamente a la monarquía e incorporado al sistema republicano" (2).

Pero hay otro gesto memorable. Cuando Bolívar con su

(1) GROUSSAC, R., *Noticia histórica sobre la biblioteca nacional de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1938, p. 12.

(2) MITRE, B., *Oración pronunciada en la plaza de la Victoria de Buenos Aires el 20 de mayo de 1880*. (En BERNARDINO RIVADAVIA, *Páginas de un estadista*), Buenos Aires, Editorial Elevación, s. f., p. 212.

ejército victorioso, dueño de Colombia, Perú y el Potosí, se disponía en su marcha triunfal a través del continente a avasallar el régimen de las Provincias Unidas del Río de la Plata, so pretexto de que la República Argentina era incapaz de ser libre e imponerse por sí sola sobre el Emperador del Brasil, Rivadavia, desafiando las amenazas de los opositores de adentro y de los enemigos de afuera, al frente de los destinos de su país en un instante de supremo peligro, se cuadró resueltamente ante los planes de dominación del Libertador de Colombia y dijo: "ha llegado el momento de oponer los principios a la espada". La espada cedió y los principios salvaron la suerte de las instituciones libres en América. Era el triunfo de la democracia orgánica sobre la monocracia vitalicia; la hegemonía de los postulados del derecho internacional de Rivadavia sobre los ejércitos de Bolívar y las maniobras absolutistas del Congreso de Panamá; el imperio legítimo del genio político sobre la ilegítima dictadura militar.

El estadista se revela en toda su plenitud como ministro del histórico gobierno de Martín Rodríguez. Esa administración ejemplar y de fecundas iniciativas fué el molde donde se vació la estructura institucional autonómica que más tarde habría de sancionar el congreso constituyente del 53 y quedó en la historia del pueblo argentino como la prueba más decisiva de su vocación para el derecho y el gobierno libre.

Pero más tarde, cuando Rivadavia quiso gobernar la nación, cuya realidad ignoraba, se equivocó. Su aislamiento urbano y la obsesión del paisaje europeo explican el secreto de sus éxitos y la causa de sus fracasos.

Rivadavia, como todos los grandes hombres, fué esencialmente el porvenir y, hasta en su misma derrota, se anticipó con generosa altivez y renunciamento.

Cayó bajo la acción del conjuro siniestro de circunstancias adversas. La constitución del 26, tan implacablemente resistida por los caudillos, fué el señuelo de una nueva guerra civil. El régimen que la misma creaba no era impracticable para conseguir la paz y el progreso dentro de la libertad, fin

supremo de todo gobierno. Fué rechazada, no por su carácter unitario o federal, sino simplemente, como lo dijo el canónigo Gorriti y lo ratificaron después Avellaneda y Groussac, porque era una constitución, es decir una ley de orden y policía que ponía a raya los apetitos de violencia y los ímpetus salvajes de la montonera gaucha.

Prevalcieron los intereses personales, las intrigas y las sugerencias extrañas, más que las razones de principio. Tal es el caso de Facundo Quiroga, que más tarde confesara su arrepentimiento por haber escuchado a aquéllos que le dijeron que debía oponerse al código constitucional.

Con el fin de su presidencia empieza la via crucis de su ostracismo amargo y doloroso.

Pasó como Alberdi y San Martín, por la dura prueba de la calumnia, de la persecución, de la burla despiadada de amigos y adversarios y del olvido, para morir, finalmente, lejos de la tierra amada. Y como lo expresara Mitre en su magnífica oración "ha pasado por la última y definitiva prueba, que cuenta y tasa la labor de cada jornalero en la existencia colectiva de sus semejantes; y cuando sus bendiciones nos alcanzan, cuando sus instituciones retoñan, cuando sus sueños se realizan, cuando la ilustración que promovió se difunde, cuando la inmigración que él llamó afluye como una nueva corriente de vida a nuestras playas, cuando nuestros campos producen los opimos frutos cuya semilla tardía depositó en sus entrañas vírgenes y fecundas, cuando el tiempo lo ha dado la razón y nosotros recogemos la cosecha, podemos decir que ya no le queda sino la prueba eterna del tiempo que hoy registra en letras de oro y bronce su primer centenario" (3).

A pesar de sus errores, ¡qué hombre público está exento de ellos!, Rivadavia queda para la posteridad como la figura civil más grande de nuestra historia, Su vida, digna de señalarse como ejemplo a las generaciones del presente, es un de-

(3) MITRE, B., *loc. cit.*, p. 191.

chado de moral austera, de entereza y virtud cívica, de energía constructiva y patriotismo, de probidad generosa.

La nación le debe la ofrenda sagrada de su gratitud. Vinculados a su memoria están los vivos y los muertos, en cuya morada proyectó grabar esta inscripción: ¡Pasaron y descansan esperando! Él también pasó y en su largo descanso esperó la justicia póstuma que repara las crueldades del destino.

Su glorificación ha tardado porque es merecida y será perenne en el tiempo.

Sepamos, bajo la comprometedora responsabilidad de cumplir las nobles inspiraciones del prócer, mantener la vigencia integral de su legado magnífico de utopista y precursor y difundir en las mentes argentinas esta lección de ética y de civismo que fluye de su existencia ejemplar: la fuerza suprema es el espíritu que embellece y dignifica la vida. La otra fuerza, la física del sable, oprime las conciencias, envenena los corazones y entristece la vida. Pero es efímera y tiene la virtud infamante de hacer despreciables a quienes la usan.

Por eso Rivadavia, al igual que Sarmiento, fué un infatigable civilizador y tuvo siempre encendida en su alma la vocación por la cultura y la enseñanza.

Fué, como el gran sanjuanino, un maestro de altos ideales y un misionero perseverante del progreso.

Cuenta Nicolás Avellaneda en un estudio sobre el estadista, que hallándose éste en Río de Janeiro, desterrado y sólo, un día golpearon la puerta de su casa dos jóvenes de Buenos Aires que pasaban para Europa y que Rivadavia se negó a recibirlos cuando conoció sus nombres, diciéndoles: "Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia". El homenaje unánime y fervoroso que le tributa la posteridad en el centenario de su muerte, vuelve de revés la amarga frase negativa del proscrito y el pueblo todo, invocando el prestigio tutelar de su augusta memoria, exclama con el acento firme y vibrante de un acto de fe patriótica, que para los argentinos de hoy y de siempre, vive y vivirá gloriosamente la figura benemérita de Bernardino Rivadavia.

Señores: La Universidad Nacional del Litoral se asocia a la recordación del prócer con este magno acto, y ha querido destacar el altísimo significado que le atribuye, invitando a ocupar su tribuna al profesor Ricardo Piccirilli, el rivadaviano por antonomasia, quien, con la profunda versación que todos le reconocemos, nos hablará de las ideas sociales de Rivadavia.

Ricardo Piccirilli, historiador, escritor y académico, ha consagrado todos los afanes de su vida, con una pasión exclusiva y excluyente que se renueva incesantemente, al estudio de Rivadavia y su tiempo y ha concretado su labor en numerosos ensayos, entre los cuales sobresale, una obra monumental, justicieramente premiada, que quedará en los anales de nuestra cultura como la expresión más completa y definitiva en el género historiográfico.

Nadie, pues, con más competencia intelectual para hablaros sobre el prócer que este eminente historiador que ejerce con pareja maestría y dignidad las tareas de la cátedra y de la investigación erudita.

DOMINGO BUONOCORE
